

Aún se discute si los kleroi asignados a los colonos comportaban cargas militares. Quizás los colonos estuviesen obligados a defender su ciudad fortificada y, así, detener o retrasar un avance enemigo. A falta de documentos epigráficos estamos condenados a estas incertidumbres.

El poderío pergameno

La aventura pergamena es una muy buena muestra de los recursos que contenía la tan disputada Asia Menor. De hecho, Pérgamo, situada a 30 kilómetros de la costa del mar Egeo y frente a la isla de Lesbos, es un espolón de 335 metros de altura, recortado por dos afluentes del Caico que en origen no fue sino una ciudadela de fácil defensa en donde Lisímaco de Tracia guardó parte del tesoro de guerra macedónico, encomendándolo a la custodia de Filetero, gobernador de la zona. No obstante, en el 282 a. C. éste optó por abandonar al rey a sus intrigas de corte y apoyar a Seleuco. Luego, una vez que Seleuco cayera asesinado, se alió inmediatamente con Antíoco e, incluso, pagó para él el rescate de los restos de su padre. De esta manera, y durante veinte años, el principado disfrutó de gran autonomía, reconociendo la lejana soberanía seleúcida tal como atestiguan las monedas. Así, el dinasta se esforzó por contener a los gálatas que por entonces multiplicaron sus incursiones a través de la península, aumentando su influencia en Asia Menor, mientras desarrollaba relaciones de beneficencia con las Ciudades griegas del continente como Delfos y Tespis.

Con todo, por razones que aún se desconocen, su sucesor Eúmenes rompió con el Seleúcida y una guerra victoriosa le permitió expandirse, esta vez a través del macizo del Ida, hacia el noroeste y, al sur, hacia el Hermo. Es más, la efigie de Filetero sustituyó en las estáteras a la de Seleuco, controlando también, aunque sin anexiones, pequeñas Ciudades eolias. Así las cosas, las luchas contra los gálatas y las dificultades de los Seléucidas con sus gobernadores en Asia Menor, tal como sucedió con Antíoco Hiérax entre el 241 y el 226 a. C. y, luego, con Aqueo, hacia el 222 y el 213 a. C., permitieron un primer acrecimiento notable del reino pergamino y un notable aumento del prestigio de los Atálidas.



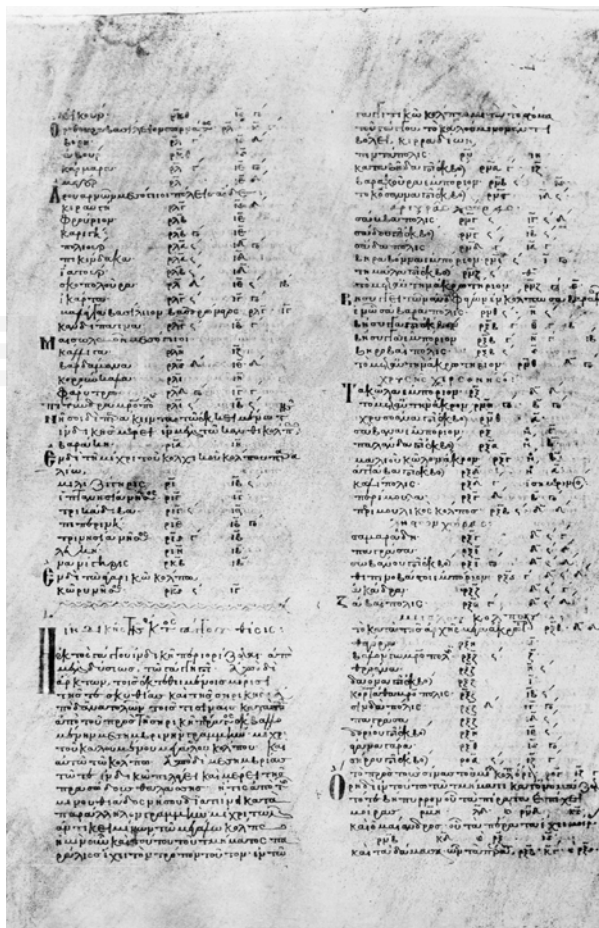
Pergameno.

Los reyes de Pérgamo, incitaron a Roma a la intervención, exagerando la amenaza que suponían para los griegos e, incluso, para Roma las empresas de los reyes de Macedonia Filipo V y Perseo y las de Antíoco III y sus sucesores.

De esta manera, las Ciudades de la costa proclamaron a Átalo I con el sobrenombre de Sóter, que en griego significa Salvador. De hecho, hacia el 213 a. C., buena parte del litoral de Eolia y de Jonia suponían una importante fachada marítima al tiempo que el dominio de Pérgamo avanzaba más en profundidad hacia el este.

Ahora bien, el período siguiente lleva la marca de un nuevo factor: Roma. Los reyes de Pérgamo, entonces, incitaron a Roma a la intervención, exagerando la amenaza que suponían para los griegos e, incluso, para Roma las empresas de los reyes de Macedonia

Filipo V y Perseo y las de Antíoco III y sus sucesores. En efecto, las ambiciones de estos reyes acabaron por cercar y comprimir al Estado pergameno. De esta manera, Átalo I, Éumenes II y, luego, Átalo II fueron, a un tiempo, los guías de Roma en Asia, sus gendarmes in situ y peones que se opusieron a las ambiciones de los demás reyes. Tal dependencia les valió recompensas territoriales y apoyo contra los reyes de Bitinia, pero poca ayuda contra sus enemigos más agitados, los gálatas. Así, en el 133 a. C., y por razones desconocidas, Átalo III legó su reino a los romanos, con reserva de la autonomía de la Ciudad de Pérgamo. No obstante, los romanos debieron, primero, de vencer la insurrección de Aristónico, pretendiente al trono, que se apoyó en un triple movimiento popular, nacional y utópico tras prometer fundar un estado en Misia llamado Heliópolis, la igualitaria "ciudad del sol", en la que todos serían libres.



Antiguo manuscrito griego sobre geografía.

En cuanto a sus recursos, el esplendor de Pérgamo no puede compararse sino con el de Alejandría. Así, su grandioso destino fue efecto de una voluntad regia continua. Ciertamente, su suelo era rico, tal como el modo mediterráneo: trigo, olivos, viñas, dehesas abundantes para el ganado ovino y bosques. Por lo demás, el subsuelo contenía plata, cobre y algo de oro. Además, se desarrolló la actividad artesana en los perfumes, en tejidos diversos y en el "pergamino", que permitió no sólo crear una magnífica biblioteca sino librarse también del monopolio lágida sobre el papiro. Sin duda, los reyes, déspotas ilustrados interesados en la mejora de las especies y promotores de manufacturas punteras, estimularon la artesanía y llevaron a cabo algunas experiencias agrícolas localizadas, aunque ignoramos a ciencia cierta el estatuto exacto de los obreros empleados. No obstante, tal como sucedió en el resto del Asia Menor, un sistema de vinculación con la aldea permitió, indudablemente, el control de la mano de obra.

Los reyes poseían su ciudadanía y alardeaban de ello, aunque un colegio de cinco estrategos, magistrados civiles nombrados por el rey, tenía la exclusiva de la propuesta de los decretos.



La reputación de la ciudad, obra maestra del urbanismo monumental adaptado al terreno, por otra parte, atrajo a muchos comerciantes, sobre todo después del acondicionamiento del puerto de Elea, cerca de la desembocadura del Caico. Allí abundaban los intercambios y la percepción de lucrativos impuestos, incluidos los tributos de las ciudades. Sin embargo, la amonedación hacia fines del siglo II a. C. reveló algunas dificultades. De hecho, los gastos eran numerosos puesto que se debía mantener una fuerza militar capaz de intervenir permanentemente además de costear una diplomacia eficaz pero gravosa y la ayuda a aquellas Ciudades griegas a las que el rey se declaraba protector.

Por lo demás, conocemos mal las instituciones, aun que se calcula que Pérgamo siguió siendo una Ciudad con su asamblea y su consejo. Los reyes poseían su ciudadanía y alardeaban de ello, aunque un colegio de cinco estrategos, magistrados civiles nombrados por el rey, tenía la exclusiva de la propuesta de los decretos. El resto del territorio era tierra regia, con las mismas excepciones que en el Asia seleúcida. Con todo, la ambigüedad de las relaciones con las Ciudades griegas se manifestó en el 188 a. C., cuando se convino la Paz de Apamea tras la derrota de Antíoco III: la libertad de las Ciudades no era concebible desde el poder pergameno, que prefería expresar su benevolencia mediante regalos suntuosos, tal como se representa en el ágora de Atenas con el pórtico de Átalo II, o aquellos más modestos, como los dones de cereales.

Pérgamo.

